

El "gran misterio de la piedad"

Es ya opinión común que en su Segunda Epístola a Timoteo nos ha transmitido San Pablo un fragmento de un primitivo himno cristiano. Pero a un teólogo, más que el valor poético, litúrgico o arqueológico de este fragmento de un himno carismático, interesa su altísimo valor teológico, al cual quizás no se ha prestado toda la atención que se merece. Tal vez hallemos en él una luminosa síntesis de toda la Teología de San Pablo.

Hay que leer el pasaje en su contexto. Escribe el Apóstol a Timoteo (1 Tim 3, 14-16): "Estas cosas te escribo, si bien espero ir a ti bastante pronto; mas, por si tardare, para que sepas cómo hay que portarse en la Casa de Dios, que es la Iglesia del Dios viviente, columna y sostén de la verdad. Y, reconocidamente, grande es el misterio de la piedad: el cual

fué manifestado en la carne,
justificado por el Espíritu;
mostrado a los ángeles,
predicado entre las gentes;
creído en el mundo,
encumbrado en gloria".

La interpretación que ordinariamente se da a este himno es *crisológica*. Y, ciertamente, su sentido crisológico es perfecto y claro. El Hijo de Dios *fué manifestado en la carne* en la encarnación; *fué justificado* o acreditado como tal *por el Espíritu*, en Pentecostés principalmente (Act 2, 4); *fué mostrado a los ángeles* en el nacimiento (Lc 2, 13) o en la misma encarnación (Hebr 1, 6); *fué predicado entre las gentes* por los Apóstoles (Mt 28, 19; Mc 16, 20...); *fué creído en el mundo* como Mesías e Hijo de Dios (Rom 1, 8; 1 Tes 1, 8-10...); *fué encumbrado en gloria* en la ascensión (Mc 16, 19; Lc 24, 51; Act 1, 2...). Verdadera es, por tanto, semejante interpretación; pero ¿abarca toda la verdad?, ¿es exclusivamente crisológica, o es también soteriológica?, ¿se refiere solamente al Cristo personal, o también al Cristo místico?

Evidentemente, si el himno canta la gloria del Cristo místico, adquiere nueva luz, que le transfigura profundamente; y su significación teológica ilumina nuevos horizontes y profundidades misteriosas. Es justo, pues, el empeño que se ponga en dilucidar tan interesante problema.

La clave de la solución nos la da el mismo San Pablo al calificar el contenido del himno como "grande misterio de la piedad". ¿Qué puede significar, en la terminología y mentalidad de San Pablo, este *misterio de la piedad*?

La palabra "*misterio*" es característica de San Pablo. Mientras que en lo restante del Nuevo Testamento sólo se emplea siete veces¹, en las Epístolas de San Pablo recurre, por lo menos², veinte veces. De éstas, once veces "*misterio*" (o "*misterios*") va solo, sin régimen; nueve (o diez) veces va acompañado de un genitivo que lo califica o determina. He aquí en un cuadro sinóptico el uso de "*misterio*" en San Pablo:

misterio: Rom 11, 25; 16, 25; 1 Cor 2, 7; 15, 51; Eph 3, 3; 3, 9; 5, 32; Col 1, 26; 1, 27.
misterios: 1 Cor 13, 2; 14, 2.
misterio de Dios: 1 Cor 2, 1 (?); Col 2, 2.
misterios de Dios: 1 Cor 4, 1.
misterio de su voluntad: Eph 1, 9.
misterio de Cristo: Eph 3, 4; Col 4, 3.
misterio del Evangelio: Eph 6, 19.
misterio de la fe: 1 Tim 3, 9.
misterio de la piedad: 1 Tim 4, 16.
misterio de la iniquidad: 2 Tes 2, 7.

El valor de estos genitivos es diferente: ya subjetivo, ya objetivo o de identidad. Mas antes de determinarlo, y en orden a ello, conviene conocer el contenido del "*misterio*", según San Pablo, que en varios pasajes lo determina suficientemente.

En Rom 11, 25, es el misterio de la actual obcecación de los judíos y de su conversión futura.

En Rom 16, 25, es el misterio por antonomasia, referente al Evangelio y a Jesu-Cristo; misterio "por tiempos eternos tenido en secreto, mas ahora manifestado y... a todas las gentes notificado".

¹ Son: Mit 13, 11 = Me 4, 11 = Le 8, 10 Apoc 1, 20; 10, 7; 17, 5; 17, 7.

(2) En nuestra edición del Nuevo Testamento admitimos (con Westcott-Hort) como más probable la variante "*misterio de Dios*" en vez de "*testimonio de Dios*", preferida generalmente por los críticos. A los códices, versiones y citas patristicas, testigos de la variante "*misterio*", conocidos por Westcott-Hort, y a los utilizados por von Soden, hay que añadir ϵ^2 papiro 46, recientemente descubierto.

En 1 Cor 2, 7, se habla de la "sabiduría de Dios, la encerrada en el misterio, la escondida, la que predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra".

En 1 Cor 15, 51, junto con la resurrección de los muertos se anuncia el misterio de la gloriosa transformación de los vivos.

En Eph 1, 9, es el misterio de la voluntad divina, que debía realizarse en la plenitud de los tiempos, "de recapitular todas las cosas en Cristo".

En Eph 3, 4, es el misterio de Cristo, "el cual en otras generaciones no fué dado a conocer a los hijos de los hombres, cual ahora fué revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu; es a saber, que los gentiles son coherederos y concorporales y comparticipes de la promesa en Cristo Jesús por el Evangelio".

En Eph 3, 9, se recuerda la gracia otorgada a Pablo, "de anunciar a los gentiles las riquezas de Cristo, imposibles de rastrear, y de iluminar a todos, dando a conocer cuál sea la economía del misterio, escondido desde el origen de los siglos en Dios, que creó todas las cosas, a fin de que se dé a conocer ahora a los principados y potestades en los cielos por medio de la Iglesia la multiforme sabiduría de Dios, según el designio eterno que se había propuesto en Cristo Jesús Señor nuestro".

En Eph 5, 32, señalando el matrimonio como símbolo del misterio, dice el Apóstol: "Nadie jamás aborreció su propia carne, antes la mantiene y regala: como también Cristo a la Iglesia; puesto que somos miembros de su cuerpo. *Por esto abandonará el hombre al padre y a la madre, y se adherirá a su esposa, y serán los dos una sola carne* (Gen 2, 24). Este misterio es grande: mas yo lo declaro de Cristo y de la Iglesia".

En Col 1, 26-27, se enuncia "el misterio, que ha estado escondido desde el origen de los siglos y generaciones, mas ahora ha sido manifestado a sus santos, a los cuales quiso Dios dar a conocer cuál sea la riqueza de la gloria de este misterio en los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria".

En Col 2, 2, desea San Pablo a los fieles "un pleno conocimiento del misterio de Dios, Cristo, en el cual se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos".

En 2 Tes 2, 7, se habla del anti-misterio: del "misterio de la iniquidad"; que "está ya en acción" desde ahora, aun antes de la venida del anticristo.

En todos estos pasajes "*misterio*" es el plan divino de la redención humana en Cristo Jesús; esto es, la incorporación de los hombres en Cristo bajo sus múltiples aspectos. Una cosa, empero, conviene notar, importante para la exacta inteligencia del texto que estudiamos, y es la doble manera de enfocar el *misterio*. Enfocándolo, por así decir, de abajo arri-

ba, la denominación de "*misterio*" recae directamente sobre los hombres, en cuanto están incorporados a Cristo; inversamente, enfocándolo de arriba abajo, recae directamente sobre Cristo, pero en cuanto tiene a los hombres incorporados consigo. La fórmula de este segundo aspecto la da San Pablo, cuando dice "Cristo en vosotros" (Col 1, 27). Y es tal la preponderancia de Cristo sobre nosotros, de tal manera nos absorbe, que para San Pablo el contenido íntegro "del misterio de Dios" es simplemente "Cristo" (Col 2, 2). Es que "todas las cosas en todos es Cristo" (Col 3, 11). Por consiguiente, la significación de "*misterio*" no es exclusivamente personal, sino también soteriológica; es decir, no es precisamente el Cristo personal, sino más bien el Cristo místico.

Antes de aplicar esta conclusión al texto que estudiamos no estará fuera de lugar comprobarla con el examen de los demás textos neotestamentarios en que reaparece la palabra "*misterio*". Después de propuesta la parábola del Sembrador dijo el divino Maestro a los discípulos: "A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos" (Mt 13, 11), o "el misterio del reino de Dios" (Mc 4, 11), o "los misterios del reino de Dios" (Lc 8, 10). El significado de este *misterio* (o de estos *misterios*) es, evidentemente, soteriológico: es el reino de Dios, misterioso para los judíos, incapaces, por su mala disposición, de entenderlo y abrazarlo. En el Apocalipsis recurre cuatro veces "*misterio*". En 1, 20, el *misterio* de las siete estrellas y de los siete candelabros se declara diciendo que las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y que los candelabros son las siete iglesias. En 10, 7, "el misterio de Dios" es el plan integral de la divina providencia, manifestado a los hombres por los profetas. En 17, 5 y 17, 7, "*misterio*", o antimisterio, es la significación anticristiana de Babilonia, la mala mujer. También, por tanto, en el Apocalipsis, lo mismo que en el Evangelio, el significado de "*misterio*" es, como en San Pablo, no precisamente personal, sino más bien soteriológico (o antisoteriológico).

Existe en San Pablo otro término, íntimamente relacionado con el "*misterio*": la "*economía*", que es la sabia ejecución, dispensación, realización o administración del *misterio*. En Eph 3, 9, se menciona "la economía del misterio"; en Eph 1, 10, se habla del misterio de la voluntad de Dios, ordenado "a la economía de la plenitud de los tiempos"; es decir, a su realización en el tiempo dispuesto por Dios; en 1 Cor 4, 1, los predicadores evangélicos son denominados "ecónomos de los misterios de Dios". Y en todos los otros pasajes, en que "*economía*" o "*ecónomo*" no tienen el sentido vulgar, se refieren constantemente al ministerio evangélico (1 Cor 9, 17; Eph 3, 2; Col 1, 25; 1 Tim 1, 4; Tit 1, 7), lo cual confirma indirectamente el sentido soteriológico de "*misterio*".

Guiados por este sentido, podremos más seguramente ca-

lificar la índole de los varios genitivos que acompañan y determinan a "misterio". En "misterio de Dios" el genitivo es subjetivo o de origen: Dios no es el término o materia del misterio, sino su autor, que forma, acaricia o abriga en sí el plan de la salud humana. De semejante manera hay que explicar los genitivos de "misterios de Dios" o "misterio de su voluntad". De modo contrario, hay que explicar el genitivo de "misterio de Cristo", como genitivo objetivo o de identidad. Desde el momento que San Pablo ha dicho "el misterio de Dios, Cristo" (Col 2, 2), Cristo debe entenderse como objeto del misterio, o, simplemente, por identidad, "el misterio". Sentido también objetivo tiene el genitivo en "misterio del Evangelio", como es evidente. Igual sentido creemos hay que dar al genitivo de "misterio de la fe". Conocida es la frecuencia con que usa San Pablo la palabra "fe" en sentido objetivo, si bien suponiendo o connotando siempre la fe subjetiva. De hecho, KNABENBAUER da a la expresión sentido objetivo: "bene fides ipsa, utpote revelatione Dei nobis proposita appellatur mysterium; seu doctrina salutis, sola Dei revelatione nobis nota, vocatur mysterium" (In loc.). Y si así es, como parece, las dos expresiones "misterio del Evangelio" y "misterio de la fe" son sustancialmente equivalentes. Y equivalente también creemos "misterio de la piedad". Sin duda que de las diez veces que usa San Pablo la palabra "piedad" (siempre en las Epístolas Pastorales) el sentido más ordinario es el subjetivo de religiosidad; pero en dos pasajes ("la doctrina conforme a la piedad" [1 Tim 6, 3], "la verdad conforme a la piedad" [Tit 1, 1]) el sentido más obvio y natural es el objetivo, según el cual "piedad" viene a ser lo mismo que "culto divino" o "religión cristiana". Y si así es, las tres expresiones paralelas "misterio del Evangelio", "misterio de la fe" y "misterio de la piedad" resultan sustancialmente equivalentes, al designar las tres igualmente "el gran misterio" cristiano, enfocado bajo tres aspectos diferentes: como buena nueva anunciada a los hombres ("misterio del Evangelio"); como verdad revelada, objeto de nuestra creencia ("misterio de la fe"); como norma de toda la vida religiosa ("misterio de la piedad"). De todos modos, esta coincidencia de las tres fórmulas y el sentido objetivo de "piedad" son indiferentes para el objeto principal que ahora estudiamos. Por fin, en la fórmula del antimisterio "el misterio de la iniquidad" el genitivo tiene también sentido objetivo. "La iniquidad" son las fuerzas del mal, que actúan en el mundo para preparar la manifestación del anticristo.

Ahora, para corroborar las conclusiones obtenidas precedentemente y preparar inmediatamente la interpretación soteriológica del himno carismático, conviene declarar tres puntos importantes.

Primeramente, si atendemos al contexto inmediato del him-

no, en él no se habla de Cristo, sino de la Iglesia, "casa de Dios", "columna y sostén de la verdad". Consiguientemente, si el himno no ha de estar totalmente desligado del contexto, ha de referirse de alguna manera a la Iglesia: lo cual se verifica si se le da sentido soteriológico.

En segundo lugar, es sorprendente el paralelismo entre el "*gran misterio* de la piedad" y la solemne declaración del Apóstol, al presentar el matrimonio como símbolo del "misterio": "Este *misterio* es *grande*: mas yo lo declaro de Cristo y de la Iglesia". Doble coincidencia en ambos pasajes: la expresión "gran misterio" y la mención de la Iglesia.

En tercer lugar, el sujeto gramatical de los seis verbos que integran el himno carismático es el relativo "el cual" (masculino), cuyo antecedente gramatical no puede ser "*misterio*" (neutro), y que no puede ser otro que Cristo; pero, por lo dicho, no exclusivamente el Cristo personal, sino más bien el Cristo místico. En consecuencia, el sujeto de los seis verbos es Cristo, como esposo de la Iglesia, como cabeza de la humanidad, en cuanto tiene los hombres incorporados a sí y vivificados por su Espíritu.

La interpretación particular de los seis incisos que componen el fragmento del himno carismático pudiera hacerse, por vía de consecuencia, presuponiendo y desarrollando el sentido soteriológico, previamente establecido; pero, pues cuanto en ellos se dice hállase también en otros pasajes de San Pablo, y precisamente en aquellos en que habla del "misterio", será más oportuno explicar a San Pablo por San Pablo: lo cual será una nueva confirmación, y la más espléndida, del sentido soteriológico del himno.

"*Fué manifestado en la carne*". Cada uno de los dos elementos que componen el inciso, el verbo y el complemento, son un eco de otras muchas expresiones esparcidas en las Epístolas de San Pablo. Sobre el verbo "*fué manifestado*" (*ἐφανερώθη*) dos cosas merecen notarse. Primera: que de las veinticuatro veces que recurre esta palabra en las Epístolas de San Pablo ni una sola se refiere a la encarnación del Hijo de Dios. Segunda: que el mismo verbo se emplea ordinariamente siempre que habla San Pablo de la manifestación del "misterio" de la incorporación de los hombres en Cristo Jesús (Rom 15, 26; Col 1, 26; 4, 4; 2 Tim 1, 10...). En cuanto al complemento, sabido es que "la carne" de Cristo no es para San Pablo exclusivamente su carne individual, sino que por inefable "comunión" es también la carne de toda la humanidad. Recuérdense aquellas palabras del Apóstol antes citadas: "*Serán los dos una sola carne*". Este misterio es grande: mas yo lo declaro de Cristo y de la Iglesia" (Eph 5, 32). Este gran misterio, Cristo y la Iglesia en una sola carne, es el "gran misterio" de que aquí se habla, "el cual fué manifestado en la carne". Prescindiendo de otros pasajes, que pudieran citarse (Rom 8, 3; Eph 2, 14; Col 1, 22; 1, 24...),

es curiosa la coincidencia verbal de este inciso con este otro texto de la Segunda a los Corintios: "... para que también la vida de Jesús *se manifieste en nuestra carne mortal*" (2 Cor 4, 14).

"*Fué justificado por el Espíritu*". Este inciso, interpretado exclusivamente del Cristo personal, ofrece dos inconvenientes: que el verbo "*justificar*" deberá entenderse en el sentido atenuado de "declarar justo" o "acreditar"; y que será difícil señalar cuándo y cómo el Espíritu Santo declaró justo a Cristo personalmente; dado que la manifestación de Pentecostés (y lo mismo se diga de las manifestaciones carismáticas del Espíritu) más directamente se ordenó a justificar o acreditar la predicación de los Apóstoles y la divinidad del Evangelio. En cambio, entendido del Cristo místico, tiene sentido perfecto, y muy conforme con las enseñanzas de San Pablo sobre la doble relación de nuestra justificación con el Cuerpo místico de Cristo y con la acción del Espíritu Santo³. Sobre la justificación de los hombres "en Cristo Je-

³ Convendrá precisar algo más, en cuanto es capaz de precisión una expresión poética, el sentido de este inciso, que es, a no dudarlo, el más difícil de todos. Su contenido recuerda aquellas palabras del divino Maestro en el Sermón de la Cena: "Y él [el Paráclito], cuando viniere, convencerá al mundo cuanto al pecado, cuanto a la *justicia* y cuanto al juicio. Cuanto al pecado, por cuanto no creyeron en mí; *cuanto a la justicia, porque me voy al Padre, y ya no me veréis*; y cuanto al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado" (Io 16, 8-11). Pero, por de pronto, el himno no puede depender del Evangelio, escrito unos cuarenta años más tarde. Además, la "*justicia*" de que habla el Evangelio no es precisamente la santidad personal de Cristo, sino más bien la legitimidad (o, si se quiere, la *justa* reclamación) de su misión divina, como se ve por el "pecado" de incredulidad, que precede, y por el "juicio" de satanás, que sigue. Es también afín este otro pasaje de los Hechos, en que Esteban increpa así a los judíos: "Vosotros siempre chocáis contra el Espíritu Santo: como vuestros padres, también vosotros. ¿Qué profeta hubo a quien no persiguiesen vuestras padres? Y mataron a los que de antemano anunciaron el advenimiento del *Justo*, del cual ahora vosotros os hicisteis traidores y asesinos" (Act 7, 51-52). Y continúa San Lucas: "Mas como estuviese [Esteban] lleno del *Espíritu Santo*, clavando sus ojos en el cielo, vió la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios, y dijo: "He aquí que contemplo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la diestra de Dios" (Act 7, 55-56). Pero en este texto se habla del "Justo" y del testimonio dado por el Espíritu Santo a favor de Jesús; mas no se relaciona directamente el testimonio del Espíritu con la justicia de Jesús. De todos modos, el "Justo", cuyo advenimiento anunciaron los profetas, no es precisamente un hombre dotado de justicia, sino el Mesías o enviado de Dios. No se trata, por tanto, de la justicia y santidad personal de Jesús. Por consiguiente, aun estos textos, referentes más a la misión que a la persona, favorecen la interpretación soteriológica. Por otra parte, hay que recordar otros textos en que la justicia de Cristo se hace justicia de la humanidad redimida. Escribe San Pablo a los Romanos, contraponiendo al pecado de Adán la justicia de Cristo: "Como por el delito de uno solo recae sobre todos los hombres la condenación, así tam-

sús” dice el Apóstol a los Corintios: “De Dios os viene lo que sois en Cristo Jesús, el cual fué hecho por Dios para nosotros... justicia, santificación y redención” (1 Cor 1, 30). Y en otro lugar: “Al que no conoció pecado, [Dios] por nosotros le hizo pecado, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en él” (2 Cor 5, 21). En el discurso dirigido a Pedro en Antioquía dijo: “Si al buscar ser justificados en Cristo...” (Gal 2, 17). Cf. Rom 3, 24; Phil 3, 9...). Por otra parte, esta justificación de los hombres en Cristo es obra del Espíritu Santo. Escribe San Pablo a los Romanos que el reino de Dios es “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14, 17). Y a los Gálatas: “Nosotros, por el Espíritu en virtud de la fe, aguardamos la esperanza de la justicia” (Gal 5, 5). Y a los Corintios: “Fuisteis santificados, fuisteis justificados... en el Espíritu de nuestro Dios” (1 Cor 6, 11. Cf. 1 Cor 2, 12; 14, 24-25; Eph 2, 18; 4, 23; 2 Tes 2, 13; Tit 3, 5-7).

“*Fué mostrado a los ángeles*”. Esta manifestación o exhibición de Cristo a los ojos de los ángeles se verificó más literalmente del Cristo místico que del Cristo personal. Este inciso parece un eco de lo que San Pablo había escrito a los Efesios: que se había de dar “a conocer cuál sea la econo-

bién por la obra de justicia de uno solo viene sobre todos los hombres la justificación de vida” (Rom 5, 18). También San Pedro escribe: Cristo “llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero, a fin de que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia” (1 Petr 2, 24). Y más adelante: “Cristo murió una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios: muerto en la carne, pero vivificado en el espíritu” (1 Petr 3, 18). La justicia de Cristo, de que se habla en estos textos y en otros semejantes, puede calificarse como califica San Pablo la “justicia de Dios”: justicia, por la cual es a la vez “justo y justificante” (Rom 3, 26); es decir, justicia que posee y justicia que causa en nosotros, justicia personal y justicia soteriológica. Antes de explicar a la luz de estos textos el inciso que estudiamos no hay que olvidar que “fué justificado por el Espíritu” ha de expresar juntamente *manifestación* y *realidad*. Ha de expresar *manifestación* de la justicia de Cristo, pues todos los demás incisos, incluso el último, están enfocados desde este punto de vista: se canta la *gloria* o irradiación esplendorosa del *misterio de la piedad*. Pero ha de expresar también *realidad*, si la manifestación no ha de ser de fuegos fatuos. Tomando en cuenta todos estos elementos de juicio, creemos que el sentido preciso del texto que estudiamos es: que por el testimonio del Espíritu Santo, dado de diferentes maneras y en distintas ocasiones, se manifestó y acreditó la justicia de Cristo: la justicia de su persona y la justicia de su misión y de su obra, que él llevó al cabo justificando al hombre; es decir, incorporando consigo al hombre y comunicándole su justicia. En virtud del principio de solidaridad, el Justo se hizo representante jurídico de los injustos, para que, expiando él el pecado de los injustos, participasen éstos la justicia del Justo. Con el testimonio del Espíritu Santo quedó ratificada la justicia de Cristo, por la cual Él es justo y justificante y los hombres son justificados “en Cristo Jesús”, que es “el gran misterio de la piedad”, el gran consejo de Dios sobre la salud de los hombres, la sustancia de la religión cristiana.

mía del misterio, escondido desde el origen de los siglos en Dios, que creó todas las cosas, a fin de que se dé a conocer ahora a los principados y a las potestades en los cielos por medio de la Iglesia la multiforme sabiduría de Dios" (Eph 3, 9-10).

"*Fué predicado entre las gentes*". Recuerda San Pablo frecuentemente que no sólo la persona de Cristo, sino también el "misterio de Cristo", fué predicado y anunciado a las gentes. Escribe a los Romanos que "el misterio... fué a todas las gentes notificado" (Rom 16, 26). Y escribiendo a los Efesios se dice favorecido singularmente por Dios para ser mensajero o pregonero del "misterio" entre los gentiles (Eph 3, 1-13), a los cuales desea "anunciar con franca osadía el misterio del Evangelio" (Eph 6, 19). Lo mismo escribe a los Colosenses: que desea "anunciar el misterio de Cristo" (Col 4, 3. Cf. 1, 23; 1, 27).

"*Fué creído en el mundo*". Dice San Pablo que "el misterio... fué notificado entre las gentes según la ordenación del eterno Dios *para obediencia de la fe*" (Rom 16, 26); es decir, para que fuese creído. Y lo fué. En los Colosenses alaba San Pablo su "fe en Cristo Jesús" (Col 1, 4). Lo mismo en los Efesios (1, 15). Recuérdese que una de las fórmulas con que se caracteriza el misterio es la antes mencionada "el misterio de la fe" (1 Tim 3, 9. Cf. Rom 6, 8; Eph 1, 13; 1, 19; 3, 12; 3, 17; 4, 13; Phil 3, 9-11; Col 2, 4; 2, 7; 2, 12).

"*Fué encumbrado en gloria*". Por fin, este glorioso encumbramiento, como ya consumado, que parece exclusivo del Cristo personal, lo extiende también el Apóstol al Cristo místico. Escribe a los Efesios: "Dios, rico como es en misericordia, por el extremado amor con que nos amó, aun cuando estábamos nosotros muertos por los pecados, nos convivió con Cristo..., y con él nos conresucitó y nos conentronizó en los cielos en Cristo Jesús" (Eph 2, 4-6. Cf. Rom 8, 17; 8, 30; 1 Cor 2, 7; Eph 1, 20-21; Col 1, 27; 3, 1-4).

Con razón ha dicho San Pablo que "grande es el misterio de la piedad", cantado en este himno. Es el misterio de Cristo manifestado en gloria, en todo el esplendor de aquella gloria, cuyo foco es el Cristo personal, cuyos rayos luminosos aureolan y transfiguran el Cristo místico: gloria de santidad y justicia, que el Espíritu vivificante transfunde de la divina Cabeza a los miembros humanos. Cristo, justicia, comunión o solidaridad; es decir, los tres elementos que constituyen el principio generador de la Teología de San Pablo, transportados a la esfera de la poesía, han florecido en un himno divinamente inspirado, que canta "el gran misterio de la piedad".

JOSÉ M. BOVER, S. I.

Siglas adoptadas para las Revistas

BRT	=	Brotería.
CD	=	La Ciudad de Dios.
CT	=	Ciencia Tomista.
EB	=	Estudios Bíblicos.
EE	=	Estudios Eclesiásticos.
Est	=	Estudios (PP. Mercedarios).
Greg	=	Gregorianum.
RET	=	Revista Española de Teología.
VV	=	Verdad y Vida.